

## “HACIA UNA CONCEPCION INTEGRAL DE LA MEDICINA”\*

OSWALDO HERCELLES

Decano de la Facultad de Medicina de Lima

La Medicina, ciencia del hombre, ciencia y arte de la vida, es tan antigua como la humanidad. Con el primer hombre nace el primer dolor y automáticamente el anhelo de apagar tal sufrimiento. Todas las etapas de la medicina están señaladas por las doctrinas médicas, que son el conjunto de ideas generales que dirigen y presiden el progreso de la medicina científica y práctica. La doctrina engloba la teoría y el sistema en un panorama más amplio, pero a la vez va desarrollando un concepto de síntesis. Comprende un principio y un dogma. Enlaza y agrupa ideas. Así, las doctrinas médicas forman un conjunto dogmático de donde emana la idea directriz de la práctica médica y de la medicina científica. Con acierto Bouchard, nos dice: “que no hay práctica médica sin doctrina: ésta permite discernir entre las indicaciones innúmeras y confusas del empirismo”.

Repetimos que las doctrinas señalan las etapas de la historia de la medicina, no obstante los errores que hayan podido engendrar algunas veces. La Rochefaucauld ha sostenido que siempre hay algo de verdad en los grandes errores y reforzando tal concepto, con justicia se afirma “que si la medicina no desea ser rebajada al rango de oficio deberá ocuparse de su historia y de los monumentos que los tiempos pasados le han legado”. El pensamiento pascaliano completa todavía

---

\* Texto de la Conferencia sustentada en la Universidad de San Agustín, Arequipa, el 2 de Agosto de 1954. Curso de Extensión de Post-Graduados.

estas consideraciones afirmando que la continuación de los hombres durante los siglos puede considerarse como la vida de un mismo individuo que subsiste siempre y aprende continuamente.

De este largo aprendizaje a través de la historia de la medicina, desde los tiempos hipocráticos hasta el presente, en que a cada nuevo día extiende sus dominios, la medicina desarrolla una continua evolución de síntesis y análisis. Hipócrates, que es la suprema encarnación de la Escuela de Cos, funda la Medicina, escrutando los secretos de la vida y del universo, afirmando el espíritu de síntesis junto con la altura de su pensamiento filosófico. El sentimiento helénico vive en él con luz inextinguible y ante el sufrimiento humano busca como primordial anhelo estimular las defensas del organismo y colaborar con la naturaleza divina. Así lo afirma en profunda interpretación cósmica, diciendo que para conocer la naturaleza del hombre es necesario conocer la naturaleza de todas las cosas, considerando el organismo como un pequeño mundo contenido en el grande, a manera de un planeta viviente y efímero —según expresión de Claudio Bernard— cuyos movimientos están regidos por las leyes que la simple observación nos permite descubrir. La doctrina hipocrática ha sido la cuna de la medicina. Guía sus primeros pasos, le descubre el buen sendero y orienta su marcha hacia su incesante progreso ulterior.

De hecho y de derecho, lo dice bien Torqueau, el método filosófico de la medicina pertenece a Hipócrates que ha establecido sus fundamentos. Su método basado en la observación y el razonamiento consiste en clasificar los fenómenos de la vida en orden de su desenvolvimiento natural, para darnos una interpretación finalista y reunirlos, en suma, en un vasto esfuerzo de síntesis.

Esta admirable obra inicial adquiere luego con Galeno una nueva tendencia, menos sintética y general porque se integra con un sentido de análisis. Empero, si Galeno concilia y enlaza muchos aspectos de su obra con las doctrinas hipocráticas merced a sus dones de filósofo, en rigor es el verdadero fundador de la medicina científica. Su figura adquiere los relieves de un hábil experimentador, de un anatomista consumado y un eminente patologista. Y si bien, algunos autorizados exégetas de su obra critican muchas de sus ideas fundamentales juzgándole exageradamente imaginativo, excesivamente orgulloso de sus doctrinas, el galenismo a despecho de sus errores inevitables, constituye una etapa importante en el avance evolutivo de la medicina, afirmando las bases de la anatomía patológica, perfeccionando el diagnóstico y precisando las indicaciones terapéuticas.

Dentro de sus ritmos evolutivos la medicina llega a la Edad Media, pero llega con estos nombres y estas doctrinas, cual si fueran los mismos pétreos pilares en los que se afirman las catedrales góticas que señalan este período histórico de la humanidad. Entre tanto, dentro de un vario y largo proceso, donde lo mágico y sacerdotal se funde con la fantasía de alquimistas y la austeridad de los escolásticos, surgen diversas escuelas y aportaciones. Florece una verdadera pléyade de compiladores y a la sombra de la vida hermética de los claustros surge la Escuela de Salerno para enlazarse en un sentido humanista con la aportación de la medicina arábiga que aparece y se consolida entre los siglos X y XII, a manera de un intermedio que deja muchos nombres ilustres incorporados a los orígenes de la ciencia hispánica, entre ellos el del gran Averroes.

En esa época compleja, de formación de un nuevo período civilizador, oscila el avance de las ciencias médicas entre sus dos grandes polarizaciones de síntesis y análisis; conforme las doctrinas sean filosóficas y espiritualistas, o racionales y materialistas. Al propio tiempo, las diversas traducciones de los preciosos manuscritos hipocráticos y galénicos alcanzan a diversos países y razas. Cabe señalar como afirmación del universalismo humano de la ciencia médica, que los cuatro fundadores de la Escuela de Salerno, uno es árabe, Adela; Helenius es judío; Pontus es griego, y Salertinus, latino. En esta unión, nace como anticipación de nuestros tiempos el sentido de la noble solidaridad médica. Palpita una comunión de esfuerzos para defender los derechos de la salud humana. Diríamos, que se establece la jerarquía de fraternidad ecuménica ennoblecedora de nuestra profesión. Dentro de esta etapa histórica, la Medicina, siempre inspirada en las fuentes grecolatinas, alcanza expresiones brillantes en las escuelas italianas de Ravena, Nápoles, Padua y Bologna, en las cuales si predominan las ideas de Galeno, en alguna, como la de Padua, déjase sentir la influencia del gran Averroes. Período intermediario, ya lo dijimos, donde no puede prescindirse de señalar y admirar esa alianza de la medicina y la filosofía que trasponiendo las fronteras de España, así como llega a Italia, alcanza a las escuelas galas de Montpellier y de París, hasta que el mundo se ilumina con la aurora de un nuevo ciclo histórico: el Renacimiento.

El Renacimiento contempla la maravillosa floración del humanismo, el regreso a la naturaleza y a la belleza pura. Hasta cierto punto, el altísimo significado de arte que este ciclo presenta en su evocación

de la armonía helénica, se proyecta en la Medicina durante los comienzos de este período señalando un movimiento de reacción en favor de las doctrinas griegas. Pero, al propio tiempo, se mantiene el movimiento pendular de oposición entre el materialismo y el espiritualismo, entre la tendencia analítica y la tendencia sintética. La primera de éstas la representan los médicos de cultura latina, y la otra, los médicos de los países nórdicos entre cuya pléyade surge el genial Paracelso en quien convergen ideas y doctrinas de "emancipación científica" avanzando hacia una vaga intuición de la importancia de la biología.

Y por otra parte, volviendo a la diferenciación de tendencias determinadas, ella radica en la fundamental diferencia de temperamentos raciales. André Brunel en su excelente ensayo sobre "Los ritmos de la evolución médica" lo precisa con admirable claridad, y ya en el campo de la estética, peculiar de este período histórico, recurre al pensamiento de Hipólito Taine que en su "filosofía del arte" afirma: "Los pueblos latinos poseen un gusto muy vivo por lo externo y la decoración de las cosas, por la pomposa representación que halaga los sentidos y la vanidad, por la regularidad lógica, la simetría exterior, la ordenación bella, en una palabra por la forma. Por el contrario, los pueblos germánicos se sienten voluntariamente ligados al sentido íntimo de las cosas, a la verdad misma, es decir a su fondo. Su instinto les lleva a no dejarse seducir por las apariencias, levantan los velos que ocultan el misterio escondido". Mas al mismo tiempo, las diversas doctrinas surgidas en el devenir evolucionista, van siendo reemplazadas por las escuelas filosóficas de Bacon y Descartes, orientándose hacia la sistematización y el positivismo. Avanzan hasta ocupar un primer plano en las grandes etapas de la ciencia médica y dentro del rigorismo científico sus "métodos" filosóficos forman los gloriosos relieves de su nombradía.

Los grandes cauces científicos así se perfilan y transcurren los siglos XVI, XVII y XVIII en que se desarrolla la Medicina entre una constante lucha de doctrinas y tendencias, apareciendo muchos nombres ilustres entre los que no podemos olvidar a Frascator que, con relampaguear de genio, atribuye la trasmisión de las enfermedades a un transporte de corpúsculos. Tan admirable concepción de la infección llegaba demasiado temprano y pasaba casi inadvertida. Con Harvey adviene el descubrimiento de la circulación de la sangre y el sueco Rudbeck completa el sensacional conocimiento revelando, así mismo, la circulación linfática. A estas insignes figuras y a este proceso de descubrimientos, que ya no corresponden a determinada escuela, sino

al de una verdadera emancipación científica, se une la contribución de anatomistas y químicos, hasta que llega con Sydenham, llamado el Hipócrates inglés, el gran momento de la medicina clínica. Preconiza que la experimentación es la única forma de conocer la naturaleza y revelar sus misterios. No quiere sino las hipótesis afirmadas en los hechos. Por otra parte, los progresos de la anatomía y de la fisiología han socavado por completo el ya muy aminorado dominio del galenismo y de la escolástica. Y está germinando magníficamente otra gran etapa de la ciencia médica.

Surgen, entonces, en multiplicidad, escuelas, doctrinas y nombres que forman firmes baluartes en el gran templo de la Medicina. Son las doctrinas físico-químicas, las espiritualistas, las de las propiedades fisiológicas, en una constante evolución, larga de enumerarse, con muchos nombres admirables entre los que sobresalen los de Bichat, Lavoissier, Broussais, Magendie y Laecnecc. Está aproximándose la esplendorosa aurora de nuevos días en que la ciencia ofrecerá extraordinarios cambios. En estos maestros reconoceremos siempre a los promotores de la medicina experimental.

Cumple a Claudio Bernard fijar sus bases y el método. Uno de sus muchos exégetas le llama el legislador de la medicina experimental y le reconoce maestro de todos los biólogos contemporáneos. Gracias a sus métodos experimentales la fisiología encontró su verdadero sendero —precisa Boinet— adquiriendo así legítima influencia sobre la medicina y sus doctrinas, guiando la marcha de la ciencia y asegurando su progreso.

Es Claudio Bernard, quien a manera de un mago descubre los secretos de una nueva proyección científica, con verdadero genio creador. Con impulso mental extraordinario, con esa audaz confianza que le condujo a exclamar, al hacerse cargo de la cátedra del gran Magendie: "la medicina científica que yo tenía la misión de enseñaros, ya no existe". Palpitaba en su mente la vivísima luz de todas las renovaciones médicas que relievaba —sin que sea necesario comentarla en detalle— en su memorable "Introducción a la Medicina Experimental".

Al considerar la fisiología como la base científica de la medicina activa, sabe que mantiene con la patología un método común de investigación. La fisiología deberá actuar sobre los fenómenos de la vida y buscar sus bases en la estructura orgánica de los seres, sin ceñirse a las hipótesis vitalistas ni a los puntos de vista físico-mecánicos.

Su método experimental somete las ideas a la experiencia de los hechos. Su criterio es la experiencia. Por ello, con otra de sus frases notables, expresaba que: "al entrar al laboratorio debemos abandonar las teorías en la portería". La medicina científica para Claudio Bernard resulta de la íntima unión de la fisiología y de la clínica. Debe emplear el método común de las ciencias experimentales. Y la práctica deducirá con certeza la teoría. Siguiendo el bello y armonioso curso de sus ideas filosóficas queda aceptado que el progreso médico no consiste en restaurar o despertar los viejos sistemas, sino reemplazarlos por el conocimiento de la ley de los fenómenos.

En esta misma etapa de la humanidad, cumpliendo un destino superior de inteligencia y de bienhechor esfuerzo correspondería a Francia forjar una nueva era científica con un nombre glorioso: Luis Pasteur.

Todos conocemos esta vida excelsa donde se sintetiza la evolución de las doctrinas microbianas. La abnegada tenacidad de sus investigaciones. Sus luchas sin tregua. Su fé científica que le llevara de descubrimiento en descubrimiento, ganado de un afán de experimentaciones innúmeras, ansioso siempre, como lo expresara, "de llegar a la claridad de un razonamiento de aritmética para convencer a sus adversarios. Maravilla contemplar esa verdadera montaña de sucesivos esfuerzos científicos acumulados en esta vida única. Encerrado en su laboratorio ganando tiempo al tiempo. Enfervorizando a sus discípulos con el celo apostólico de su labor profesional. Soñador sin ansias de gloria que sabía proclamar cómo en las investigaciones experimentales la imaginación debería darle alas al pensamiento...!

La era pasteuriana orienta la ciencia hacia el espíritu de laboratorio y de análisis, pero las nuevas concepciones médicas convienen hoy en la necesidad de una unión fundamental, donde la medicina más sensible y enriquecida que nunca, comprende que, como en los latidos del corazón, máquina suprema de nuestro ser, sigue manteniéndose un movimiento pendular, ritmo armonioso, entre el análisis y la síntesis.

Actualmente vivimos una época en que la doctrina se renueva no sólo en cuestiones de detalle, sino en las nociones fundamentales de la ciencia, aparte de que sus dominios se ensanchan considerablemente. La Medicina, aparece más diáfana a la luz de la anatomía y de la fisiología patológica y, además, reclama intensamente la ayuda de las ciencias accesorias. Si consideramos, simplemente, las adquisiciones del siglo XIX, advertimos cuan lejos van quedando las prácticas hipocráticas y la medicina de Galeno. Los trabajos de Pasteur y de sus su-

cesores al crear la bacteriología modifican la nomenclatura de las enfermedades. Del perfeccionamiento aportado con la técnica microscópica nace la histología. Y la introducción de la química en los trabajos clínicos se caracteriza por la aparición de nuevas entidades con el correspondiente aporte de un formidable arsenal terapéutico. De tal suerte, la incorporación de la físico-química permite que los modestos ensayos realizados en comienzos del siglo como aquellos de la noción de concentración molecular, sean seguidos del estudio de la viscosidad sanguínea, para plantearse, sucesivamente, el rol de la concentración iónica, de la tensión superficial, de la acidez real, del "punto isoeléctrico", de los isótopos radio-activos.

Hemos de reconocer que actualmente en la medicina se manifiesta un espíritu de análisis en forma predominante y casi exclusiva. Ella evoluciona casi únicamente por disociación. Se ha buscado la verdad en la multiplicidad, en lo particular, que no es sino una faz de la verdad, la otra faz está representada por la unidad y lo general. Se ha acumulado una masa enorme de hechos y de nociones, quedando muchos de ellos aislados; no pudiéndose estimar en su valor exacto porque requieren más exacta ubicación.

El progreso rápido y considerable de la Medicina hace difícil el conocimiento completo de esta disciplina por la misma inteligencia. "Este arte, afirma Dumesnil, se apoya sobre ciencias cada vez más numerosas que exigen, consecuentemente, mayor extensión en los conocimientos del médico. A medida que su bagaje aumenta, los especialistas adquieren más importancia y se hacen también más numerosos. Uno de los caracteres más netos de nuestros tiempos es la especialización de los individuos. El dominio parece tan vasto que los investigadores que tienen la misión de explorar limitan a una pequeña circunscripción sus investigaciones. Y con este ejemplo, los que los continúan para explotar sus descubrimientos limitan sus acciones. Esta es una necesidad de la vida moderna".

Carnot afirma que "actualmente en todos los países, las especialidades se desenvuelven prodigiosamente, siendo esta finalidad sobrepasada excesivamente. Es una tendencia que se puede lamentar, pero que parece inevitable, puesto que ningún médico, aún los muy instruidos, pueden ser expertos en todas las partes de su arte, y el público es el primero en darse cuenta que vale más utilizar competencias especializadas, que confiarse a uno que lo abarca todo por bueno que sea. El enfermo no llamará a la misma puerta si hay necesidad de un cirujano, de un radiólogo, de un otorrino-laringologista, de un psiquiatra.

Alexis Carrel, no obstante ser un ilustre ejemplar de honda cultura que logra aliar el conocimiento profesional con la especulación filosófica, sostiene que es evidente que en la actualidad ningún sabio es capaz por sí solo de dominar todas las técnicas para el estudio de un solo problema humano.

Este gran cuadro evolutivo que bien conocemos ha llenado no sólo la ciencia médica sino, en general, todas las ciencias de una multiplicidad tan infinita de conocimientos que el hombre comienza a sentir la necesidad de una órbita que las pueda comprender en una síntesis armoniosa.

Hay exceso de erudición, y muy frecuentemente se confunde ésta, que es acumulación de conocimientos, con la ciencia misma que es la sabiduría de las relaciones y de las leyes.

El progreso rápido y considerable del material médico en estos últimos tiempos, es frecuentemente mal utilizado por la falta del espíritu de síntesis que debe seguir a la producción de todo elemento nuevo. La ciencia médica está cargada de erudición. Esta ahoga la intuición, y así nuestra época cuenta con mayor número de eruditos que de intuitivos. Hecho este último que puede permitir desenvolver el antagonismo relativo entre la ciencia y las ciencias. "Paradoja de que la economía nos ofrece un ejemplo no menos cruel, nuestro saber peligra de morir ahogado bajo el abuso de las ciencias". Sucede que algunos investigadores que han pasado la mayor parte de sus vidas acumulando nociones, comprenden que para llegar al verdadero conocimiento de su labor les es necesario olvidar ciertas cosas para liberarse, siendo esta necesidad frecuentemente percibida muy tarde. Además que según lo expresa Aristóteles "es tan duro desaprender como aprender".

El desenvolvimiento reciente y magnífico de las ciencias analíticas, la utilización por la Medicina de técnicas de investigación y medida, el espíritu de laboratorio que es analítico por excelencia han hecho que predominen sobre el espíritu clínico, que es fundamentalmente sintético. De tal manera la influencia del laboratorio y de las técnicas especiales han procurado primar sobre los resultados puramente clínicos. Bien nos dice Nicolle refiriéndose a la relación del laboratorio y de la clínica "que es un capítulo doloroso como lo son todos aquellos que tratan de la falta de entendimiento entre aliados". La importancia exagerada atribuida a la respuesta de laboratorio, la falta repetida y continua de sentido clínico y de sentido moral en algunas veces, han hecho descuidar los derechos primordiales de la clínica para

dedicarse a las exploraciones especiales y han abierto con ello el camino de los grandes errores y un descenso del nivel médico. Es un error creer que los grandes progresos de laboratorio en los métodos de diagnóstico hacen inútil un examen clínico completo del enfermo. La verdad es que estos métodos ayudan la observación, pero si se les desea emplear como medio único y rápido de diagnóstico, producen frecuentes fracasos y conducen a resultados desastrosos. Existe la inclinación de rechazar las nociones primitivas y empíricas. Este hecho si bien permite en todas las etapas el progreso de la Medicina, le hace perder su inspiración. Se trata de marchar tan rápidamente, que sólo al ocaso de la vida, ya en el retiro, concedemos verdadero valor al pasado. Laennec ha dicho que el desprecio al juicio antiguo caracteriza a todos los heresiarcas de la Medicina, y Trousseau tiene razón al reafirmar ese concepto, juzgando que estamos en camino de ser una generación de heresiarcas.

De otra parte, con profundo desconocimiento de la realidad se ha querido enquistar en el mundo médico la absurda idea de que dentro de los espíritus rigurosamente científicos cabe únicamente el análisis, es decir, la pasividad del espíritu observador de que nos habla Mauriac. La mentalidad sintética es voluntariamente considerada como una actividad anticientífica. Fiessenger nos dice: "El temor a la síntesis se ha hecho en los médicos el sinónimo de espíritu científico . . . Pero el espíritu científico consiste antes que todo en relacionar las comprobadas manifestaciones de lo real. Un hecho no está aislado, está ligado a otros hechos y estas prolongaciones que se tratan de comprender, sólo el espíritu de síntesis las descubre".

La insuficiencia de espíritu filosófico ha contribuido a esta tendencia analítica. Sólo el espíritu filosófico es capaz de poner orden en nuestros conocimientos, de establecer una jerarquía en los valores, una coordinación. Si este espíritu condujo a grandes errores en la Edad Media, ello se debió a que se alimentó de especulaciones hoy reemplazadas por un xcelente material aportado por las ciencias analíticas. Esta falta de espíritu filosófico se deja sentir fuertemente en la investigación experimental. No obstante, que el fundador de la Medicina dijera que el médico filósofo viene a ser "igual a los dioses" deseando expresar con ello las perspectivas y las posibilidades de aquel que sabe asociar la práctica de la Filosofía a la Medicina, y creando con ello el pensamiento de la antigüedad que no separaba al médico del filósofo. Y aunque, a posterior, Bacon declarara, "que toda Medicina que no está fundada en la Filosofía es bastante débil", lo cierto es que esta época

ha olvidado tan precisa tradición debido a que la agitación vertiginosa de la vida actual, con mil sollicitaciones diversas, con sus ruidos, con su realismo tremendo en la lucha, con sus incentivos de sensualidad y diversiones, se muestra reacia para esta alta e indispensable cultura.

El espíritu filosófico y la cultura general que marchan al unísono, se encuentran en nuestra época a muy bajo nivel. Las condiciones de la vida moderna, la especialización abusiva y prematura, la subordinación de ciertos sectores médicos al desarrollo de las técnicas instrumentales y de laboratorio, la crisis económica, han hecho sufrir hondamente a la cultura general. Daudet colocándose desde su ángulo ha expresado: "la ciencia brilla con tal prestigio que los literatos, críticos, filósofos, se van a transformar en discípulos sometidos". Sin embargo, debemos afirmar que la cultura para el hombre es lo que la tierra para la semilla. La cultura no puede tener por definición ninguna utilidad directa; ella satisface nuestro apetito instintivo de conocimientos, nuestra facultad de establecer relaciones y analogías, es un aparato de iluminación que crea la perspectiva en el campo de los conocimientos humanos; que aumenta nuestras facultades creadoras y las orienta. La dispersión de labores que impone la vida actual es también causa evidente de la tendencia analítica, desde que no permite el trabajo fecundo de síntesis que exige reflexión, concentración y espíritu de perseverancia. Nuestro tiempo comprende una aglutinación de labores múltiples, a lo que se agrega la anárquica y exagerada producción en las publicaciones médicas, dando por resultado que dentro de estas condiciones nos resulta imposible disponer del tiempo suficiente para coordinar y profundizar los hechos e investigaciones verdaderamente nuevos que se presentan. Al mismo tiempo, cierto número de investigadores deseosos de dejar sus nombres inscritos en la literatura médica, crean una serie de entidades nosológicas diferentes, que no son muchas veces sino un mismo proceso con reacciones diversas del organismo y que pueden originar una desorientación en el lector que no ha podido verificar la realidad de esas aportaciones. Esta última circunstancia, induce a Marañón a interrogar "si no será preferible abordar el estudio de cada problema como lo hiciera Robinson Crusoe en su isla, es decir, como si el pasado no hubiera existido, antes que perder nuestra fé científica en la selva de esta bibliografía donde peligramos perdernos".

No puede tampoco dejarse de puntualizar que la considerable contribución científica de Alemania y Estados Unidos a la ciencia médica, ha influido no siempre en forma favorable. La influencia germánica

experimentada sobre todo en la mitad del último siglo ha procurado hacer imperar el predominio del espíritu de análisis y de las ciencias morfológicas. La escuela americana ha llevado también el análisis y la medida al máximo, acumulando una cantidad enorme de documentos que han quedado frecuentemente sin eslabonarse. Pretendiéndose prescindir de la cultura general con un predominio del trabajo técnico sobre el trabajo del espíritu.

El materialismo exclusivo en biología ha hecho crear cierto desdén por las actividades del espíritu queriéndose hacer, según Daniel Rops, una biología sin alma, imaginando que las actividades del espíritu no son susceptibles de experiencias, no obstante que actualmente el pensamiento ha podido materializarse gracias a la Psicología Experimental. Partiendo del principio que sólo la materia existe, la biología no estudia sino el lado extrínseco de los fenómenos aquellos que los medios de análisis le revelan. Desconoce y niega lo cualitativo, lo imponderable, lo dinámico, lo ambiental que constituye lo que se llama la fase interna y complementaria de los problemas. Con esta directiva se condena a ignorar todo aquello que no está en el cuadro que rigurosamente se ha trazado, todo aquello que escapa a los instrumentos de investigación, aislándose todo un mundo donde reside la profundidad de las cosas, para alcanzar sólo de la realidad una representación exterior, superficial que "le sombrea los hechos" según la alegoría de la caverna de Platón, olvidándose la noción primordial y tradicional del doble de todas las cosas en sentido platónico. Pero, felizmente, ya en los tiempos actuales se comienza a reaccionar contra la concepción exclusivamente materialista, y la Física reconoce que la materia no es sino un estado, una ilusión que esconde fuerzas extremas. La Física moderna abre una comunicación a la Metafísica, no pudiendo oponerse la ciencia y la Metafísica, desde que la una se continúa en la otra. Y como lo dice Genseth, la distinción entre lo abstracto y experimental no es sino de tendencia, mas no de esencia. Y es grato comprobar esta saludable corriente porque el materialismo despoja a la Medicina de su carácter sacerdotal, para convertirla tan sólo en un oficio.

La Medicina es una ciencia tan bella y erizada de dificultades, ciencia complicada plena de la observación más precisa, de la experimentación más rigurosa, del más minucioso análisis, de la síntesis más lógica, que está hecha, en una palabra, del espíritu crítico más amplio y más sutil. La Medicina es lo que es y no lo que se desea que ella sea. El movimiento centrífugo de dispersión de la ciencia debe ser compen-

sado por un movimiento centrípeto de aproximación. Delore compara la ciencia a una pirámide diciendo que si es necesario trabajar en la base sobre los "fenómenos" para no construir en las nubes y evitar la especulación, ello obliga a elevarse al vértice de la pirámide donde se reúnen las líneas de nuestros conocimientos particulares y donde es posible una idea directriz y de conjunto.

Jaspers, en páginas de "El ambiente espiritual de nuestro tiempo", indica que "se ha extendido la capacidad especialista, los conocimientos necesarios son asequibles por pericial acceso en los métodos y transformados en resultados de la manera más simple. Por todas partes aparecen oasis en el caos, donde hay hombres capaces de realizar algo pericialmente. Pero esta capacidad pericial está dispersa, el individuo sólo realiza individualmente y produce dentro de una esfera limitada que sólo él posee, pero no puede ponerla en relación de unidad con su esencia ni con la más amplia totalidad de una conciencia cultural". A la vez, Huizinga, en su libro de "Entre las sombras del mañana", advierte: "Pero es lo cierto que este progreso innegable y positivo que significa ahondamiento, refinamiento, depuración y en definitiva, mejora, ha llevado el pensamiento científico a un estado de crisis, cuyas perspectivas están todavía envueltas en tinieblas. Esta ciencia incesantemente renovada no se ha precipitado todavía en forma de cultura. Ni puede todavía llegar a esta precipitación". "Los conocimientos que han aumentado de manera portentosa, no han sido todavía organizados en una nueva y armónica imagen del universo, que nos ilumine como la clara luz del sol cuando caminamos inmersos en sus rayos. La suma del saber no se ha convertido en cultura dentro de nosotros".

Dejemos perfectamente establecido antes de analizar las razones que hacen necesario un regreso a la Medicina sintética, la legitimidad que existe para la especialización cuando ella no es prematura ni excesiva. De tal suerte, advertimos la necesidad y la obligación de constituir grupos especializados en el dominio de las investigaciones científicas, como de las aplicaciones prácticas; manteniendo, sin embargo, la reserva que estos grupos, que deben ser distintos, queden unidos por lazos estrechos y no sean separados por tabiques infranqueables. Los equipos de trabajo si han existido y existirán siempre, no deben ahogar la personalidad del individuo. En todo equipo tendrá que existir antes que nada un cerebro sintético: es decir, un brazo sin desfallecimiento,

con ausencia del temor de asumir responsabilidades y con la voluntad de llegar, que no puede ser sino la obra de un solo individuo.

La síntesis no puede obtenerse por la simple reunión de especialistas alrededor de una mesa. Reclama el esfuerzo no de un grupo sino de un hombre. Jamás una obra de arte ha sido creada por un comité de artistas, ni un gran descubrimiento por un comité de sabios. La síntesis que es necesaria para el progreso de los conocimientos se debe elaborar en un cerebro único. En la actualidad, gran número de contribuciones producidas por los especialistas quedan inutilizadas porque no se les coordina ni se les relaciona con el hombre en su totalidad. Poseemos muchos investigadores científicos pero muy pocos sabios. Esta singular situación no es debida a la ausencia de individuos capaces de un gran esfuerzo intelectual, no obstante que es cierto que las vastas síntesis obligan a una mayor potencia mental y a una resistencia física a toda prueba. Pero si en época de guerra, cuando el enemigo acosa las fronteras, nadie discute que hay que sacrificar la propia vida, mucho más bello es comprender este sacrificio cuando, en época de paz, redunda en beneficio de la humanidad entera. La Medicina actual ofrece la oportunidad del sacerdocio, sacerdocio que conducirá a muchos hombres a consagrar su vida entera en el esfuerzo intensivo y sin tregua, sacerdocio que los espíritus amplios y fuertes serán capaces de ejercitar y les permitirá inmortalizarse como verdaderos héroes civiles.

Por otra parte, si la especialización resulta indispensable, si nos ha sido impuesta por el progreso de la ciencia, por la aceptada imposibilidad de que sólo un hombre pueda adquirir y cultivar todos los conocimientos acumulados, no debe significar sino una etapa secundaria del médico e investigador. Ella debe ser construída sobre sólidas bases generales. Realizada prematuramente no lleva sino a la formación de espíritus estrechos, tanto más presuntuosos y peligrosos, cuanto que desconocen la extensión real de su ignorancia. Y como dice Gaucher, "El buen especialista es aquel que se hecho especialista por acrecentamiento de su cultura".

En la actualidad los espíritus selectos comprenden y predicán la necesidad del retorno a la Medicina hipocrática, creando el neo-hipocratismo, que marca una orientación que es un ensayo de síntesis del progreso y de la tradición, de la Medicina científica y biológica con ciertos principios tradicionales, quedando la clínica como base. El neo-hipocratismo excluye una serie de aspectos del hipocratismo que al presente no son aceptables, pero mantiene principios y actitudes de pensamiento que poseen un valor permanente. Esta nueva tendencia no

pretende subestimar las importantes contribuciones hechas a la Medicina por las ciencias morfológicas, los métodos de análisis y las técnicas instrumentales, que tanto la han hecho progresar, sino que trata de remediar la tendencia unilateral analítica predominante en los últimos tiempos para destacar la importancia de la síntesis. No trata de oponer la actitud analítica a la actitud sintética sino las concilia, desde que ellas no se excluyen sino se complementan. Entre el espíritu del siglo XIX que es de análisis y el de la tradición hipocrática que es de síntesis, la Medicina debe buscar en la actualidad su camino. En nuestra época el problema deberá resolverse hallando la fórmula conciliatoria entre el análisis y la síntesis para procurar el verdadero engrandecimiento de la Medicina.

En nuestros días, dice René Leriche, la Medicina parece como aturdida al sentirse arrastrada por un vertiginoso torbellino de descubrimientos. Embriagada de análisis y de novedades, está aspirando a recobrar un minuto de síntesis. Quisiera otra vez tomar aliento al amparo de la sombra propicia del ambiente de Cos. Sin demostrarlo soslaya su temor. Comprende que la multiplicación de técnicas, la desarticulación de sus más viejas tradiciones la impulsan hacia un peligro, al cual, posiblemente, no puede resistir: aquel peligro que acecha inclinándolo al olvido que el hombre objeto de todos sus desvelos, el hombre total, es un ser hecho de carne y de sentimiento.

El neo-hipocratismo, nos hará comprender los diversos aspectos como hay que plantear científicamente los verdaderos problemas de la Medicina.

En patología general resaltan todos los puntos de vista integrales. Es necesario relacionar el individuo al medio, es decir, el microcosmos al macrocosmos y comprender la unidad del cuerpo y del espíritu que hacen posible la sico-fisiología. La biotipología que, gracias a la escuela italiana ha tomado rango en la ciencia y en la práctica clínica nos lleva con los estudios de Pende al conocimiento sintético del tipo individual desde los aspectos morfológicos, fisiológico y psicológico. El hipocratismo hace ver que el trastorno mórbido no es resultante de un factor sino que es un problema doble, donde al lado del factor externo hay que considerar el terreno que es factor interno. Debiéndose, además, en la enfermedad tener presente la concepción dinámica que busca el sentido profundo del trastorno en una modificación endógena de orden energético.

Los conceptos actuales en la bacteriología demuestran que la intervención del microbio in vivo no puede ser contemplada sin el terreno.

La enfermedad infecciosa debe ser vista desde los aspectos bacteriológico y fisiológico. Así, la tuberculosis del adulto es considerada más como una enfermedad de terreno que microbiana, en la que tiene más importancia la fisiopatología que la bacteriología. La época pasteuriana que fué tan pródiga en descubrimientos descuidó la faz interna, el elemento endógeno del problema, "no estableciendo el ligamen hipocrático entre el macrocosmo y el microcosmo".

La anatomía analítica del cadáver será completada por la anatomía del ser vivo. Se estudiará la anatomía del hombre con sus actitudes y movimientos. No sólo se aprenderá en la sala de disección, sino también en el gimnasio y en la escuela de Bellas Artes. El cinema y la radioscopia serán puestos al servicio de esta anatomía singularmente más rica.

La fisiología dejará de ser una fisiología de laboratorio animal, para transformarse en una fisiología del hombre. Ella considerará que la separación del cuerpo y del espíritu es artificial siendo el hombre un complejo sico-fisiológico.

El neo-hipocratismo nos llevará en la terapéutica a tratar de imitar los procesos curativos de la naturaleza, en que los tratamientos deberán ser empleados en forma sintética, es decir asociados y no por efectos aislados sobre órganos.

El conocimiento integral del hombre permitirá que se conozcan mejor las leyes de la salud que de la enfermedad. Se podrá llegar con Carrel a expresar que la Medicina tiende hacia la producción de la salud artificial, hacia una suerte de "fisiología dirigida", cabiendo aún afirmar en los momentos actuales que la conquista de la salud no basta. Es el progreso de la persona humana la última meta hacia la cual se debe llegar. Desde que la calidad de la vida es más importante que la vida misma.

La síntesis que nos permite agrupar los hechos y las nociones acumulados por el período analítico, sirve para plantear los problemas médicos sobre sus diversas fases. Esto último evitará que los propios investigadores ingresen a su estudio por una sola puerta que generalmente no es la más grande, ni la única vía, ni la más fecunda, limitándose así las perspectivas de éxito desde que la solución de los problemas depende en gran parte de la manera como ellos son planteados.

La síntesis que obliga a la cultura general nos hará que mantengamos un desenvolvimiento armónico de la personalidad humana que constituye el humanismo. El hombre es y debe quedar como un cosmos, es decir que en él debe confundirse al mismo tiempo que abun-

dancia de los dones la belleza del orden. El fin del humanismo es el hombre.

El hombre es una jerarquía viviente. Está compuesto de un alma, de una inteligencia, de un corazón, de una voluntad, de una pluralidad de órganos y de facultades que avanzan a través de mil peligros, como una sinfonía hacia un ideal de belleza. El hombre es semejante a una orquesta sinfónica encargada de ejecutar una obra maestra y difícil, donde ningún instrumento puede faltar, donde no puede retardarse ni acelerarse los movimientos a su voluntad, sin violentar el ritmo y la armonía. La complejidad del organismo de un lado, la multitud de los peligros de otra parte, exponen su ser a todas las formas del mal y del sufrimiento. Hipócrates en su estudio sobre los hombres ha dicho que todas las partes de la economía forman un círculo y que cada parte es por consiguiente a la vez comienzo y fin. La vida, en efecto, expresa un principio de unidad en el conjunto y en las partes del individuo, con una organización tal que cada elemento se refleje exactamente en el todo. De aquí, que suceda que las particularidades fisiológicas y síquicas del hombre se reúnan según ciertas reglas definidas que se observan en los temperamentos y en las constituciones. Esto último permite con frecuencia obtener por el conocimiento de una parte un entendimiento del conjunto, y otras veces se puede conseguir por la excitación de una de ellas modificar el organismo entero gracias a la simpatía que existe entre los elementos más distantes del organismo. La sinergia fisiológica hace comprender las leyes de los complejos sintomáticos y aleja cada vez más el pensamiento de las enfermedades verdaderamente locales. La tendencia a un menor esfuerzo induce a los que estudian la Medicina a aceptar los capítulos de sus manuales o las divisiones de los cursos como las fronteras reales de la naturaleza. Por lo cual terminan creyendo que existe una función digestiva y una función circulatoria como entidades independientes.

La sinergia fisiológica se deja apreciar entre el hecho psicológico y el estado orgánico. No podríamos dejar de recordar los hábitos de ciertas enfermedades, como el delirio de grandeza en el paralítico general, las visiones terroríficas de animales en los alcohólicos, el egoísmo en el tuberculoso, la irritabilidad pesimista del hepático, la desconfianza del urinoso, la pérdida de voluntad del diabético, que hace preguntarse, no por qué se presenta así, si no por qué no se presenta de otra manera. Esto último nos permite ver una correlación y una sinergia total.

El neo-hipocratismo servirá para salvaguardar la formación del médico de familia que debe ser un práctico con competencia integral,

cuyo cerebro esté bien provisto de conocimientos, con el ideal de la medicina como profesión y nó como comercio, con la habilidad necesaria para la aplicación de la ciencia y de sus limitaciones, siempre dispuesto a pedir colaboración del más experto en caso necesario, con un juicio sano y una observación refinada por la experiencia clínica. Por fuerza, hemos de lamentarnos que al presente se excluya este tipo de médico tan calificado y en función tan importante, porque conector del terreno donde actúa posee amplios conocimientos de los antecedentes familiares de varias generaciones y, consiguientemente, las particulares reacciones de sus enfermos. Además, porque representa una figura con humana alteza, responsabilizada y a la par respetada dentro de los hogares que hubieron de preferirle, en los cuales otorga muchísimas veces no sólo sus conocimientos profesionales sino que con su autoridad, su cultura y el natural nexa afectivo que establece una prolongada relación, resulta indispensable y acertado consejero en momentos de vacilaciones y aflicción.

El neo-hipocratismo que tiene por base fundamental a la clínica, establece que la supremacía representada por el más aguzado espíritu de síntesis, perciba en el enfermo lo cualitativo, acercando a la Medicina a la actitud más próxima a la vida. Ella permite la aplicación práctica, en el individuo, de las nociones enseñadas por la patología. Bouisson ha dicho que la clínica "pone en obra todo lo que las ciencias médicas encierran de útil para conocer y curar las enfermedades". La clínica tiene por campo de observación una experiencia espontánea en lo que se puede adquirir experiencia sin hacer experiencias con sólo razonar convenientemente sobre los hechos bien establecidos.

El templo de la Medicina moderna, dice Pende, ha levantado sus columnas sobre cuatro bases que son: anatómica, etiológica, funcional y constitucional, gracias a cuatro genios que han hecho posible esta estructura cuadrilátera del pensamiento de la Medicina moderna: Morgani, Pasteur, Claudio Bernard y Giovanni. Finalmente, con Alexis Carrel podemos decir que el porvenir de la Medicina está subordinado a su concepto del hombre. Su grandeza llegará con la riqueza de este concepto. En lugar de limitar al hombre a algunos de sus aspectos debe abrazarlo en su integridad. La Medicina futura será una Medicina que estudie al hombre en función de pensamiento, de trabajo, de sufrimiento, en suma de individuo social. Ella constituirá una verdadera ciencia del hombre, una medicina integral del ser, que vé igualmente el interior y no sólo el exterior, creando una ciencia que observa y estudia al individuo en todas sus aptitudes, manifestaciones y reacciones.

Concebida con esta amplitud, la Medicina será de una riqueza de la que aún no alcanzamos sino una vaga idea, pudiéndose afirmar que, con el estudio de los factores síquicos, sociales y cósmicos de la enfermedad se alcanzará una Medicina verdaderamente social y una Higiene física y mental. El hombre es a la vez complejidad y simplicidad, unidad y multiplicidad. Por ello, al estudiarlo, hemos de procurar conciliar siempre las fundamentales concepciones de análisis y síntesis.